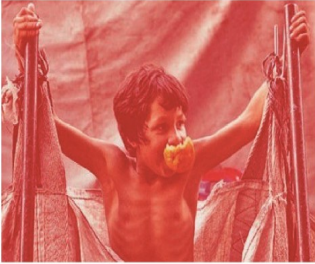


HISTORIAS MÍNIMAS

La Celebración: Sucesos de la calle

Por Karina Caputo

FISURAS



La luz roja sugería detenerse en el empedrado, la invitó a poner punto muerto. Desde ahí fue más fácil empezar a ver cómo la vida en cámara lenta devolvía algo de la humanidad a sus harapos. Los ojos se incrustaron y enlazaron desamor y reconocimiento. Un pibe fisura, trapo en mano, dispuesto a sacar la mugre. Eso era lo cotidiano, la rutina para ganarse el mango, una pipa de a ratos o el morfi. Quizá, la usó para el vino que quema el desamparo. Pero aquel día sucedió más.

El tiempo que llevó ir del rojo al verde lo invitó a la fiesta. Una mirada, de esas que se esconden detrás del antifaz veneciano, lo llamó a dejar el cristal del auto gris. Fue al encuentro de otros ojos y, en ese preciso

instante, se fundieron las historias. Dos niños jugaron en la calle de tierra, cruzaron zanjones, se colgaron de los árboles y armaron una pelota que terminó en el techo del vecino más cabrón del barrio.

El hombre de los ojos niños y el auto rojo le dijo:

– ¡Cuidate y cuidá a los tuyos!- No recuerdo si llegó a limpiar el parabrisas. Sonriente y con un juego de manos, los dos terminaron la velada.

Rojo, amarillo, verde. Avanzan los autos en caravana, dejan atrás la música y el instante.

ESTAR AUSENTE

Marchan las siluetas de los ausentes. Nuestros cuerpos portan sus almas. Caras y caretas se mezclan entre la multitud. Detrás de las máscaras, el foco de una máquina potente captura la emoción de caminar entre la tropa. Luchadores, mariposas, madres, trabajadores. Patean al compás del bombo, el redoblante y los zurdos. El 24 de marzo fue una gesta, que, para un puñado de laburantes, se inició en los días previos. Un grupo pintó las gigantografías, otro hizo las caretas que compró Mabel en el cotillón de la esquina en Parque Avellaneda. Llegamos hasta a Av. Constituyentes para imprimir en remeras blancas las palabras mansamente acunadas de tardes del Garrigós. Hasta la madrugada previa, compañeros de ruta diagramaron la frase en el lienzo que, en el Once, salió 25 pesos el metro. Otros tramaron los estandartes.

<https://www.youtube.com/watch?v=6y9iUMCnDFo>

El encuentro fue inolvidable.

La magia resultó ser la invitada de honor. Miles danzaron las calles y sus identidades. Los pañuelos jugaron en el aire a la ronda frente a los ojos empañados de los viejos que repartían los diarios de sus militancias. Cayó la tarde: los

niños extenuados, el cielo rojizo fue manto de alquimistas. *"Memoria, Verdad y Justicia"* con sudor auestas regresan a un lugar anónimo en la patria.

UN FUEGUITO

El otoño empieza con virulencia. Hay una alfombra de hojas en el parque que invita a mirar por la ventana. Los chicos más inquietos se mezclan y las hacen crujir como crujen las viejas prácticas en el Conurbano. Las infancias lloran el desencuentro, no entienden de disputas entre los hombres.



Algunos chicos del barrio José Ingenieros de Ciudad Evita se encuentran a contra turno de la escuela en el Centro de Acción Familiar que, desde hace 43 años, encarna alguna política pública de infancia. Dicen que, en sus cimientos, un cementerio querandí clama por la miseria, la postergación, la lucha de clases, la rebelión. De lunes a viernes, abre las puertas, prepara la comida, da clases perdidas de chelo y contrabajo, brinda apoyo escolar, juegos y jueguitos. El programa de trabajo *"Acá, la palabra"* comienza a convertirse en un lugar donde la voz de los pibes se escucha. Entre risas y portazos, gritos, llantos y hamacas, algunos niños dejan ver sus historias de desamparo.

Y ahí, justo allí están los laburantes, testigos entrañables

del juego. Sus ojos piensan, ponen su cuerpo a trabajar cada mañana para que ellos desplieguen su tela, armen su cocina, peleen a Milagros, descubran la payana y los barquitos de papel por fin encuentren un charco. El día termina con un abrazo que promete.



25 DE MAYO

La cita era en Carlos Calvo y San José. A partir de las 12.30, locro y empanadas, gaseosa y un vino barato. Desde las cinco de la mañana, un compañero corta y revuelve en una olla inmensa de acero inoxidable.

El tránsito se detiene con mesas y sillas. Sobre las mesas, la letra hace de mantelito y revive en volantes el paro del 24. Pancitos y servilletas de papel. Desde el escenario, la juventud convoca a los trabajadores, a su familia, a los vecinos, y a quienes piden comida, todos los días, en el centro comunitario de Santiago del Estero. Hasta el perro acompaña en la celebración y se deleita con un pote. Un cartel en la entrada dice *"NADA PARA FESTEJAR"*. Las chicas recuerdan los últimos 25 de mayo en la Plaza. Hoy se viralizan las fotos de otro espacio vallado, vacío, lleno de ausencias.



GEMAS DEL VACÍO

Por Karina Caputo.

La Velocidad: De aviones y avioncitos de papel.

PNEUMÁTICA

Volar nunca fue sólo un verbo. Volar ha sido por siempre “el verbo”. La acción que, por antonomasia, señala lo otro, aquello que aún no puedo, pero cómo me gustaría poder. Ya desde el Génesis, comenzó a crear el mundo con un sobrevuelo sobre el caos. Y así, como quien no quiere la cosa, encendió el deseo de volar. Un viento (Dios disfrazado de viento) pasó sobre el caos y ahí empezó la fiesta. Viento o alma. En la edición de la entrevista a Fresán dice que Rúaj, en hebreo, es viento o alma. En griego “pneuma”, de ahí la neumonía, el neumático y el neumonólogo. Insuflar, inspirar, dar aire a la voz para que se atreva a decir. Dar aire, como quien le da nafta a la palabra para que por fin se encienda. Volar, entonces, empezar a decir.



AVIÓN- POEMA

Clement Ader tiene el honor de nombrar. También hace el intento de darle cuerpo.

Guillaume Apollinaire asume la defensa de la palabra «avión», empleada por el precursor Ader (1897), tal vez olvidada en favor del término culto: aeroplano. El uso le ha dado la razón.

“¿Qué habéis hecho, franceses, con Ader el aéreo?/Una palabra era suya, ahora ya nada./

*Aparejó los miembros de la ascensi ,/en la lengua francesa entonces sin nombre,/y luego Ader se torna poeta y los llama avión./(...)No, tus alas, Ader, no eran anónimas/cuando llegó el gramático a dominarlas,/a fraguar una palabra erudita sin nada de aéreo/donde el pesado hiato y el asno que le acompaña (aeropl -ane)/componen una palabra larga, como un vocablo de Alemania./Se requería el murmullo y la voz de Ariel/para denominar el instrumento que nos lleva al cielo. /El quejido de la brisa, un pájaro en el espacio,/y es una palabra francesa que pasa por nuestras bocas./**iEl avión! Que suba el avión por los aires, /que planee sobre los montes, que atraviese los mares/y aún más lejos se pierda./Que trace en el éter un eterno surco/pero guardémosle el nombre suave de avión/pues de ese mágico mote sus cinco letras hábiles/tuvieron la fuerza de abrir los cielos móviles./¿Qué habéis hecho, franceses, con Ader el aéreo?/Una palabra era suya, ahora ya nada(*)**.*



Apollinaire vuelve de la guerra con una herida en la cabeza que supurará hasta el final de su vida. Por ahí drenarán las pocas ganas de seguir con la alabanza a la máquina de los futuristas previos a la Primera Guerra Mundial. Quienes persistieron en el encantamiento por los mecanismos y los fierros andantes se pasaron de manera franca al fascismo, después del 14. Quien se siente todopoderoso, divinidad, es incapaz de asumir activamente la falta y el vacío. La incompletud nos devuelve a lo humano, nos retorna a la poesía, nos implica desde la solidaridad.

EL GIGANTE SIGILOS0

El avión salió del aeropuerto internacional de Ezeiza con destino a Cuba. Era el año 1997. El uno a uno invitaba a ser monigotes. Al primer mundo, decían, hay que entrar en Ferrari roja, a gran velocidad. Espejitos de colores reflejaban múltiples dimensiones. Inframundos y de los otros.

Pelo planchado, valija con rueditas, se desplaza la alegría de partir. Atrás, palmas levantadas despiden antes del embarque. Chicle en mano, ingresa por la manga y busca su asiento. Del lado de la ventanilla: lista para registrarlo todo.

Se encienden los motores, comienzan las primeras maniobras del gigante sigiloso. Nos dan la bienvenida con voz cadenciosa. Las instrucciones para sujetar los cuerpos iniciadores del viaje obligan a masticar la tarea.

Carreteo.

AVIÓN NIÑA

Las maravillas de niña. La deslumbrante salida familiar de los sábados, con pan lactal y fiambre, sillas y mesita de camping. Y a colgarse de las rejas de aeroparque para ver detenidamente el despegue del avión. Un ensordecedor magnífico hace temblar el asfalto. En el cielo, liviandad. Cómo hubiese querido estar

adentro del pájaro volador. El sueño la devoraba.

DE MONSTRUOS Y VACÍOS

Devorar como devora lo intenso de las turbinas cuando todo está listo para el despegue. Más tarde, la plenitud, el aire lo sostiene todo. Adentro, algo le tapa los oídos, aunque masque. ¿Hay un exceso de qué? ¿Puede haber tanto vacío?



Sí. Entonces lo conocí. Nunca antes había sentido al vacío meterse dentro del cuerpo. Un vacío formado entre los intersticios del cuerpo, sí. Pero uno que se te metiera adentro, por los oídos y por cuanto orificio encontrase, jamás. Algo ascendía y se dispersaba. El precio de volar era, entonces, enfrentarse con la consistencia del vacío metida en el cuerpo. Mis contornos- mi carne- se habían transformado rebordes que rodeaban al vacío. Y él crecía, aun contra los esfuerzos de mis mandíbulas, por triturarlo a pura mordida. Mastique, mastique. Chicle, gesticulación grosera. Y el triunfo del vacío.



El cuerpo conocido huyó, los músculos se tensaron en busca de contención. Las articulaciones no vinculaban entre sí y las vísceras se trastornaron, deseosas por entender algo de lo vacante. Decidió pagar el precio de ser otra.



AVIÓN INCONCEBIBLE

Dicen que son 900 km. por hora, a una altura que ya ni recuerdo. Porque, si recuerdo, entro en pánico. Cómo pensar que, por debajo, solo el aire te sostiene. Y, entonces, a

tanta altura, decido dormir.

Sueño un sueño animado.

El impulso fue tan veloz que, cuando el avión tocó suelo cubano, nos sumergimos en otra dimensión. Control estricto con fusiles en mano. La atmósfera, cargada de un candor particular, pesaba, contenía décadas de sofoco, como las previas a la revolución.

Maternal, nos recibió en el estacionamiento, junto a un Jeep de los años 50. Transitamos calles con palmeras, casas bajas, autos viejos, casi de colección. Cada milímetro de lo existente, cuidado como una gema. El tiempo se había detenido allí. La lentitud y el vaivén de las mecedoras reenviaban a lo esencial.



AVIONCITOS DE PAPEL

Es de verdad desalentador, ellos pueden lo que yo no. Un simple avioncito puede lo que yo no. Pero se dan cada porrazo. Y si el viento cede, si el viento del impulso que los lleva cede, se van a pique. El viento, otra vez. Dar aire, decir.

El avioncito de papel es llevado a donde el viento quiere, no tiene voluntad. ¿De eso se trata el juego? No sólo de eso. Hay una alternancia en la velocidad del vuelo. Dejarse llevar hacia el vacío, un confín, un borde de lo posible. Borear lo siniestro resulta el único modo de no salir espantado, por paradójal que suene. Y, desde allí, volver a despegar. Ser primero de papel y, después, ser sobre el papel. Y, en el intersticio, entre la nada y la escritura, se dibuja la figura del viento. Que vuelve a instalar la pregunta.

Inocentes, divertidos y fallados, consumen el deber e invitan a colarse en el viento. Buscan un destino, por si existiera, y empujan al encuentro.

El avión sobrevoló una ciudad de luces, descendió en la pista. Una voz firme nos devuelve a suelo argentino.

Fin del vuelo. Y recomienzo.